

RESEÑAS

BOURDIEU, Pierre: **La dominación masculina**, Tr. Joaquín Jordá, Anagrama, Barcelona, 2000. Título original: **La domination masculine** (1998)

Por María Fernanda Guevara*

O. Planteamiento

Para Bourdieu, preguntarse por los mecanismos histórico-sociales encargados de fraguar la eternización de las estructuras de división sexual, es una demanda obligatoria que señala ya, desde la propia pregunta, el camino a seguir en su texto. Estos mecanismos son comprendidos por Bourdieu como *fuerzas históricas de deshistorización* que si no son situadas dentro de la historia, impiden un *progreso decisivo en el orden de la acción*:

Recordar que lo que, en la historia, aparece como eterno sólo es el producto de un trabajo de eternización que incumbe a las instituciones (interconectadas) tales como la Familia, la Iglesia, el Estado, la Escuela, así como, en otro orden, el deporte y el periodismo (siendo estos conceptos abstractos simples designaciones estenográficas de mecanismos complejos que tienen que analizarse en algún caso en su particularidad histórica), es reinsertar en la historia, y devolver, por tanto, a la acción histórica, la relación entre los sexos que la visión naturalista les niega (y no como han pretendido hacerme decir, intentar detener la historia y desposeer a la mujer de su papel de agentes históricos). (p. 8).

De esta manera, al reingresar en la historia la discusión de la división sexual, Bourdieu pretende neutralizar los agentes socializantes encargados de *naturalizar* el discurso y, por ende, a la historia. Al lograr tal *movilización*, el universo político hace su entrada en el discurso, de forma tal que dicha consideración:

* Magister en Filosofía (U.S.B.). Licenciada en Filosofía (U.C.A.B.). Profesora de las Escuelas de Administración y Contaduría, Economía y Ciencias Sociales e Investigadora del Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Católica Andrés Bello.

...abriría a las mujeres la posibilidad de una acción colectiva de resistencia, orientada hacia unas reformas jurídicas y políticas, se opone tanto a la resignación que estimula todas las visiones esencialistas (biologistas y psicoanalíticas) de la diferencia entre los sexos como a la resistencia reducida a unos actos individuales... (Ibidem).

Así, con *asombro* se aproxima Bourdieu a la dominación masculina y, aún más, a la sujeción de los sujetos inmersos y configurados desde estructuras sociales que repiten formas de dominio. Bourdieu inicia su estudio manifestando *asombro*, porque no comprende las razones por las cuales, los actores sociales disminuidos por mecanismos socializantes repartidores de dominación y explotación, no son capaces de tomar distancia frente a esas formas de subordinación a través de la resistencia. De este modo se inicia el texto que comentamos en esta reseña, con *asombro* y, a la vez, con el intento de reorientar una discusión que le explique al propio Bourdieu por qué es aceptada una división sexual con tanta naturalidad y sumisión, tanto para los dominados como para los dominadores. E, igualmente, plantea si es posible revertir estas formas de dominación o no.

1. Recorrido

Del primer capítulo que versa sobre la *asimilación de la dominación como imagen aumentada de los cuerpos*, Bourdieu se traslada en el segundo capítulo titulado *La anamnesia de las constantes ocultas*, a trabajar la percepción de lo femenino y lo masculino, para, finalmente en el tercer capítulo, *Permanencias y cambios*, resaltar *la fuerza de la estructura* y la dificultad de realizar un *trabajo histórico de deshistorización*. Según nuestro parecer, el primer capítulo del texto le sirve a Bourdieu para presentar sus dos tesis centrales. Nuestro recorrido se basará en resaltar y comentar las tesis centrales de Bourdieu.

La dominación masculina trata sobre el orden predominantemente androcéntrico que sostiene a las relaciones en las sociedades occidentales contemporáneas. Para sostener lo anterior incluimos una cita larga del autor, pero muy clara respecto a la posición que éste sostiene en el texto:

La Familia es la que asume sin duda el papel principal en la reproducción de la dominación y de la visión masculinas; en la Familia se impone la experiencia precoz de la división sexual del trabajo y de la representación legítima de esa división, asegurada por el derecho e inscrita en el lenguaje. La Iglesia, por su parte, habitada por el profundo antifeminismo de un clero dispuesto a condenar todas las faltas femeninas a la decencia, especialmente en materia de indumentaria, y notoria reproductora de una visión pesimista de las mujeres y de la feminidad, inculca (o inculcaba) explícitamente una moral profamiliar, enteramente dominada por valores patriarcales, especialmente por el dogma de la inferioridad natural de las mujeres. Actúa además, de manera más indirecta, sobre la estructura histórica del inconsciente, a través especialmente del simbolismo de los textos sagrados, de la liturgia e incluso del espacio y del tiempo religioso (señalado por la correspondencia entre la estructura del año litúrgico y la del año agrario). (...)

La Escuela, finalmente, incluso cuando está liberada del poder de la Iglesia, sigue transmitiendo los presupuestos de la representación patriarcal (...) entre unas maneras de ser y unas maneras de ver, de verse, de representarse sus aptitudes y sus inclinaciones, en suma, todo lo que contribuye a hacer no únicamente los destinos sociales sino también la intimidad de las imágenes de uno mismo. En realidad, se trata de la totalidad de la cultura "docta", vehiculada por la institución escolar, que, tanto en sus variantes literarias o filosóficas como aquellas médicas o jurídicas, no ha cesado de transmitir, hasta una época reciente, unos modos de pensamiento y unos modelos arcaicos(...) y un discurso oficial sobre el segundo sexo en el que colaboran teólogos, legisladores, médicos y moralistas, y que tienden a restringir la autonomía de la esposa, especialmente en materia de trabajo, en nombre de su naturaleza "pueril" y necia, (...)

Para completar el censo de los factores institucionales de la reproducción de la división de los sexos, convendría tomar en consideración el papel del Estado, que ha acudido a ratificar e incrementar las prescripciones y procripciones del patriarcado privado con las de un patriarcado público, inscrito en todas las instituciones encargadas de gestionar y regular la existencia cotidiana de la unidad doméstica. (p. 109).

En esta dirección, la investigación de Bourdieu intenta mostrar las razones por las cuales tenemos una imagen aumentada de las relaciones entre los sexos, sin que al investigador se le pase por alto que:

Al estar incluidos, hombres y mujeres, en el objeto que nos esforzamos en delimitar, hemos incorporado, como esquemas inconscientes de percepción y de apreciación, las estructuras históricas del orden masculino; corremos el peligro, por tanto, de recurrir, para concebir la dominación masculina, a unos modos de pensamiento que ya son el producto de la dominación. (p.17).

De modo tal que Bourdieu acude a la etnología para transformar la reflexión sobre la dominación masculina en una exploración de *las categorías del entendimiento*, para objetivar aquellas que funcionan a nivel inconsciente y estructuran tanto el pensamiento como las disposiciones corporales. A través de *la construcción social de los cuerpos* en la sociedad cabileña, Bourdieu establece que existe toda una organización cosmológica sexualizada y que no sólo lo masculino y lo femenino viven en cuerpos biológicamente correspondientes, sino, más bien, en *el sentido de la cosmología sexualizada, que hunde sus raíces en una topología sexual del cuerpo socializado, de sus movimientos y de sus desplazamientos inmediatamente afectados por una significación social;*... (p. 20).

Esta significación sexual funciona, entonces, como un esquema de percepción y no, simplemente, como contenidos sexuales que nombrar o indicar. Independientemente de los contenidos, un esquema perceptivo delimita no sólo el campo de la acción, sino el propio modo de pensar y, además con mayor fuerza, la manera en la cual los cuerpos se mueven en el espacio, es decir, sus disposiciones más propias. Se dice que "con mayor fuerza", porque de forma irreflexiva y arbitraria modelan el modo de estar en el mundo del sujeto y de la relación que éste sostiene consigo mismo y con los otros.

En esta dirección, la tesis central del autor está dirigida a sostener que la dominación masculina se ejerce en el orden social sobre el esquema perceptivo y las disposiciones de los cuerpos, asumidos ambos a partir de una actitud natural de la división de los sexos que se encuentra *siempre, desde ya* en el "orden de las cosas". Los mecanismos profundos de la dominación masculina prefiguran las estructuras cognitivas de los sujetos y, a su vez, las estructuras sociales que se derivan de la experiencia en el mundo que estos sujetos construyen en la acción, a partir de un modo de ver el mundo, es decir, de pensar, vivir y representárselo. Así, la

visión androcéntrica no requiere de justificación alguna y estructura tanto el espacio como el tiempo y en eso radica su fuerza. Siempre desde la sociedad cabileña, Bourdieu afirma que:

Gracias a que el principio de visión social construye la diferencia anatómica y que esta diferencia social construida se convierte en el fundamento y en el garante de la apariencia natural de la visión social que la apoya, se establece una relación de causalidad circular que encierra el pensamiento en la evidencia de las relaciones de dominación, inscritas tanto en la objetividad, bajo la forma de divisiones objetivas, como en la subjetividad, bajo la forma de esquemas cognitivos que, organizados de acuerdo con sus divisiones, organizan la percepción de sus divisiones objetivas. (p. 24).

De esa forma de vivir y de representarse el mundo, surgen, entonces, los disidentes al orden establecido. Sin embargo, la disidencia se encuentra en el marco de las relaciones de dominación que se imponen a través del pensamiento y la estructuración del mismo. Es por ello que el autor francés formula lo que nosotros consideramos su segunda tesis principal, al afirmar que, las discrepancias que puedan surgir con el orden impuesto son producto de la misma relación de dominación y, en esta dirección, *sus actos de conocimiento son, inevitablemente, unos actos de reconocimiento, de sumisión. (p. 26).*

Según lo anterior, la imagen de los cuerpos es percibida y construida por los sujetos a partir de los esquemas prácticos de la visión androcéntrica. Es por ello que el trabajo de construcción simbólico se asienta en el “corazón” de los mismos. Lo anterior es así porque, para Bourdieu, es fundamental reconocer que no es el *cogito* — exclusivamente — el que queda estructurado con formas de pensamiento, sino, más bien, el cuerpo y sus disposiciones. De forma tal que, la percepción de lo masculino y lo femenino no es una operación mediada por los sentidos “positivos”: ya esos sentidos son “sentidos”, de una forma y no de otra, por parte de los sujetos que realizan el recorrido epistemológico:

El trabajo de construcción simbólico no se reduce a una operación estrictamente performativa de motivación que orienta y estructura las representaciones, comenzando por las representaciones del cuerpo (lo que no es poca cosa); se completa y se realiza en una transformación profunda y duradera de los cuerpos (y de los cerebros), o sea, en y a través de un trabajo

de construcción práctico que impone una definición diferenciada de los usos legítimos del cuerpo, sexuales sobre todo, que tiende a excluir del universo de lo sensible y de lo factible todo lo que marca la pertenencia al otro sexo —y en particular todas las virtualidades biológicamente inscritas en el "perverso polimorfo" que es, de creer a Freud, cualquier niño—, para producir ese artefacto social llamado un hombre viril o una mujer femenina. (p. 37).

De modo tal que, lo objetivo es arbitrario y el resultado es una especie de camisa de fuerza que, desde la segunda tesis principal de Bourdieu, no permite escapatoria de la dominación masculina. Por ello, si la mujer hace un uso contrario de su cuerpo al legítimo (aquel establecido por el orden androcéntrico), ésta se encuentra extrañamente realizando un acto de sumisión porque aún está subordinada al orden masculino. Sin embargo, ¿es falseable la tesis de Bourdieu?

La lógica de la relación de dominación hace que las mujeres se perciban y sean percibidas como las mujeres femeninas o como aquellas que haciendo uso de la relación de dominación intentan subvertirla. Empero, Bourdieu no hace una distinción estimativa entre una y otra y, además, establece que ambas están de igual forma legitimando la dominación masculina. Está claro que pueden haber "feminismos reactivos" que en su intento de subvertir la relación de dominación se vuelven legitimadores de la lógica masculina, en tanto son incapaces de crear nuevos lenguajes a través de los cuales comunicarse. No obstante, pueden existir "feminismos creadores". Es allí donde de forma inmediata Bourdieu no diferencia un feminismo de otro e iguala la posición de cualquier feminismo con las *mujeres femeninas* del proyecto tradicional que el autor critica. Así, el texto invita al lector a realizar ese recorrido de distinción y gradación. Sin embargo, nosotros consideramos que la presentación de la dominación masculina como un orden absoluto, pleno, cerrado sobre sí mismo convierte a la dominación masculina en una cosa y no en lo que el autor trata de resaltar: relaciones continuas de poder y de configuración más profunda de los cuerpos.

Retomando el hilo conductor del autor, podemos afirmar que se ejerce sobre nuestro cuerpo y nuestra conciencia una *complicidad subterránea*: es nuestro propio cuerpo "quien" desde las *emociones corporales* hasta la forma en la cual habita los lugares, ejerce un dominio sobre nuestro ser: el cuerpo es cómplice de lo que nos

pasa, por ello no es suficiente saber racionalmente la dominación. Es más, empleando una metáfora nietzscheana, la razón puede ser un "juguete" en manos de la "gran razón", el cuerpo:

Las pasiones del hábito dominante (desde la perspectiva del sexo, de la etnia, de la cultura o de la lengua), relación social somatizada, ley social convertida en ley incorporada, no son de las que cabe anular con un mero esfuerzo de voluntad, basado en una toma de conciencia liberadora. (p. 55).

Lo anterior se sostiene en la primera tesis que manejamos: la disposición de los cuerpos mediada por esquemas perceptivos. Esta violencia simbólica, que es producto de años de historización naturalizada, nos mantiene atados y amenazados, porque al ser todo dominación, puede que nos perdamos —pérdida de identidad—, si intentamos revertir de algún modo dicha violencia simbólica.

3. A manera de conclusiones

Tomando como referencia inmediata el recorrido de las páginas anteriores, podríamos preguntarnos:

1) ¿Hay manera de revertir la dominación, sin que necesariamente estemos reconociendo la dominación y legitimándola, como nos lo dice Bourdieu en reiteradas ocasiones, a lo largo del texto?

2) ¿Para qué querríamos revertir la dominación?

3) ¿Quiénes revierten la dominación?

Estas preguntas nos guiarán para interpretar la siguiente cita:

...la revolución simbólica que reclama el movimiento feminista no puede limitarse a una simple conversión de las conciencias y de las voluntades. Debido a que el fundamento de la violencia simbólica no reside en las conciencias engañadas que bastaría con iluminar, sino en unas inclinaciones modeladas por las estructuras de dominación que las producen, la ruptura de la relación de complicidad que las víctimas de la dominación simbólica conceden a los dominadores sólo puede esperarse de una transformación radical de las condiciones sociales de producción de las inclinaciones que llevan a los dominados a adoptar sobre los dominadores y sobre ellos mismos un punto de vista idéntico al de los dominadores. (p. 58).

Aproximándonos a la primera pregunta podemos decir que pareciera que para Bourdieu sí hay maneras de revertir la dominación masculina en la *transformación radical de las condiciones sociales de producción*. En esta dirección, las *fuerzas históricas de deshistorización* deben estar dirigidas a trastocar las relaciones de trabajo que se encuentran determinadas —desde ya— para un hombre y una mujer. Así se lograría superar —de forma continua y no radical ni inmediata— la actitud natural de los esquemas perceptivos. Según lo desarrollado por el autor, lo anterior implicaría *un progreso decisivo en el orden de la acción*.

A pesar de la luz anterior, sabemos que es complicada “la transformación radical de las condiciones sociales existentes” y gran parte del texto de Bourdieu se encarga de destacar las raíces “cuasi” naturales de nuestra organización del trabajo. De tal manera que, si es prácticamente imposible revertir las condiciones sociales existentes de manera absoluta, las “reformas” que hagamos a dichas condiciones sociales —siguiendo al autor francés— se encuentran dentro de la lógica de la dominación masculina y, según eso, necesariamente estamos reconociendo y legitimando la lógica masculina. Nuestra primera pregunta está contestada. Sin embargo, si no partimos del anhelo de absoluto, puede que la respuesta sea otra.

Según nuestro parecer, Bourdieu parte del anhelo de totalidad y absolutez que se deriva de la idea de transformación radical y absoluta de las relaciones sociales de producción. Es por ello que para él, los movimientos feministas deben hacer hincapié en la *economía de los bienes simbólicos*: es allí, en la repartición de las labores y, en especial, en la pareja instituida por el matrimonio donde se instala la dominación masculina. Así, para Bourdieu las relaciones asimétricas que se dan en el intercambio de los sexos, no puede dar pie a una eliminación de la dominación. Esto es así, porque el autor no concede “valor” a los matices ni al reconocimiento de las transformaciones que puede llevar a cabo un ser finito —hombre o mujer— dentro de una institución formalizada. Para él, el colectivo es su horizonte, la totalidad y aquí en este punto vuelve a mostrar su escaso reconocimiento a las transformaciones finitas.

Bourdieu hace hincapié en la necesidad de una acción política para que la dominación masculina quede atrás. Sin embargo, a lo largo del texto, hay poca fuerza y convicción en que esto sea posi-

ble, dada la división naturalizada de los sexos. Quizás porque sus planteamientos están siempre dirigidos a realizar una *descripción* de la dependencia material, afectiva, psicológica, existencial, en una palabra, ontológica, que las mujeres tienen en una sociedad predominantemente androcéntrica. Así, para las mujeres, lo anterior se traduce en la praxis en un sentimiento de renuncia y de arbitrariedad permanente por las altas cuotas de sacrificio que, tanto las *mujeres femeninas* como aquellas que quieren fraguar su identidad más allá del molde con el que inevitablemente juegan, tienen que estar dispuestas a pagar. Las exigencias sociales (trabajo, familia, amigos) están determinadas por la dominación masculina. Las mujeres femeninas pueden acceder a ellas más fácilmente; sin embargo, las cuotas existenciales que éstas deben pagar también son muy altas porque el mundo en su totalidad no corresponde a la imagen de la mujer tradicional. Así Bourdieu lo considera:

La realidad de las relaciones estructurales de dominación sexual se deja vislumbrar a partir del momento en que se observa, por ejemplo, que las mujeres que han alcanzado puestos muy elevados (ejecutivas, directoras generales de ministerio, etc.) tienen que "pagar" de algún modo ese éxito profesional con un "éxito" menor en el orden doméstico (divorcio, matrimonio tardío, soltería, dificultades o fracasos con los niños, etc.) y en la economía de los bienes simbólicos, o, al contrario, que el éxito de la empresa doméstica tiene a menudo como contrapartida una renuncia parcial o total al gran éxito profesional (a través, especialmente, de la aceptación de "beneficios" que sólo son fácilmente concedidos a las mujeres porque las dejan al margen de la carrera por el poder: media jornada o similares). En efecto, sólo a condición de tomar en cuenta las presiones de la estructura del espacio doméstico (actual o potencial) que se ejercen en la estructura del espacio profesional (a través, por ejemplo, de la representación de una distancia necesaria, inevitable, o aceptable, entre la posición del marido y la posición de la esposa) puede captarse la homología entre las estructuras de las posiciones masculinas y las posiciones femeninas en los diferentes espacios sociales, homología que tiende a manifestarse a pesar de que los términos no cesan de cambiar de contenido sustancial, en una especie de carrera donde las mujeres jamás recuperan su desventaja. (pp. 131-132).

Ahora, en la segunda pregunta nos cuestionamos desde el para qué queríamos revertir la dominación masculina: hombres y

mujeres estamos sometidos a relaciones de violencia simbólica. Es dominación masculina porque dentro de la lógica de la dominación se supone que el dominador es más libre. ¿Más libre? De ejercer la opresión. El dominador obtiene el reconocimiento social y se sostiene de forma positiva en él a diferencia del dominado. Pero, volviendo a nuestra pregunta, a menos que un hombre se sienta preso o una mujer sea capaz de asquearle la sumisión a la cual ha llegado, el para qué no se plantea: ¿por qué habría de importarnos ser libres de configurarnos si nos reconocemos en dicha relación de dominación? ¿Para qué?:

Si las mujeres, sometidas a un trabajo de socialización que tiende a menoscabarlas, a negarlas, practican el aprendizaje de las virtudes negativas de abnegación, resignación y silencio, los hombres también están prisioneros y son víctimas subrepticias de la representación dominante. (p. 67).

Así, la segunda pregunta es heredera del proyecto moderno que considera un valor fundamental la libertad, fundamento necesario para poder hablar de igualdad y justicia. Según lo anterior, se encuentra plenamente justificado una empresa emancipatoria. En este sentido, la mirada —por cierto, muy bien trabajada por Bourdieu en franca crítica con el enfoque sartriano— debe emanciparse de las visiones femeninas y masculinas que la imagen social del cuerpo le ha otorgado como propiedad.

Alienarse de la propia mirada para alcanzar expropiarnos de nuestros cuerpos y, de esta forma, emanciparnos, liberarnos: Éste sería el proyecto. Así, es, en definitiva, mediante la creación de nuevos lenguajes corporales, productos de una distancia no radical, como se generan espacios de libertad frente a la dominación. Y, ¿con qué nos quedamos? A gran escala, ¿no es ese un gran peligro que sobrepasa la noción identidad personal y alcanza a la identidad social? Si la emancipación no es absoluta sino dialéctica, nos quedamos con nosotros mismos, pero superados. Lo anterior no implica un vacío de identidad, sino una crisis en la que las certezas propias no serán sentidas como una opresión, dominación, explotación o enajenación, sino, como un progreso decisivo en el orden de la acción: la libertad finita que un ser finito con anhelo de trascendencia puede construir para sí.

Entonces, para finalizar, retomemos la tercera y última de nuestras preguntas:

Sólo una acción política que tome realmente en consideración todos los efectos de dominación que se ejercen a través de la complicidad objetiva entre las estructuras asimiladas (tanto en el caso de las mujeres como en el de los hombres) y las estructuras de las grandes instituciones en las que se realiza y se reproduce no sólo el orden masculino, sino también todo el orden social(...) podrá, sin duda a largo plazo, y amparándose en las contradicciones inherentes a los diferentes mecanismos o instituciones implicados, contribuir a la extinción progresiva de la dominación masculina. (p. 141).

Pareciera ser que son hombres y mujeres quienes tienen que luchar para superar las condiciones productivas que los encierran en modelos sociales que asfixian el desarrollo de la persona. Es así como entra en el juego un criterio que pretende estar más allá de las estructuras sociales: un criterio normativo. A la persona, por encima de cualquier distinción sexual, debe garantizársele la posibilidad de disponer de sí, ganando distancia sobre las construcciones sociales iniciales que le diseñaron sus esquemas perceptivos y configuraron sus emociones, para que éstas no se tornen en instrumentos eficaces de la dominación. Sin embargo, Bourdieu no toma esta vía de la noción de persona. Las estructuras sociales son las que le orientan y éstas dividen a los sexos. En esta dirección, la solución del autor radica en la transformación de las estructuras sociales, como hemos desarrollado más arriba .

Hemos sostenido que su discurso está dirigido por el anhelo de absoluto y por la convicción, nada desdeñable, de que si las estructuras de división sexual determinan la dirección, los cambios y el sentido, ya no hay nada que hacer: la lógica masculina encuentra su nido allí. Empero, *La fuerza de la estructura*, según la última cita, puede modificarse desde la finitud, aunque a lo largo del texto Bourdieu no haya apostado por ella. A su vez, ésta puede estallar o reafirmarse por la relación *dominación/amor* que dos seres finitos viven con el anhelo de trascendencia finita. Por eso cabe preguntarse con él: *¿El amor es una excepción, la única, pero de primera magnitud, a la ley de la dominación masculina, una suspensión de la violencia simbólica, o la forma suprema, por ser la más sutil, la más invisible, de esa violencia?* (p. 133).